

EL PALACIO DE CRISTAL

*Conversaciones a partir
de Jorge Aguilar Mora*

Edición de María Cristina Monsalve



JORGE AGUILAR MORA

(Chihuahua, 1946) es uno de los autores más significativos de la literatura mexicana.

Poeta, ensayista, novelista y catedrático.

Reside en Bethesda, Maryland, EE. UU.

Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM. Cursó estudios de posgrado en París e hizo el doctorado en El Colegio de México. Profesor en la UNAM, en El Colegio de México, en Puerto Rico y EE. UU.

Es autor de las novelas: *Cadáver lleno de mundo*, *Si muero lejos de ti* y *Los secretos de la aurora*. Ha publicado libros de poesía: *US Mail Special Delivery*, *No hay otro cuerpo*, *Esta tierra sin razón y poderosa* y *Stabat Mater*. También es autor de los ensayos: *La divina pareja: Historia y mito en Octavio Paz*, *Una muerte sencilla, justa, eterna: cultura y guerra durante la Revolución Mexicana*, *El sueño de la razón* y *Fantasmas de la luz y el caos*.

Para Aguilar Mora, la Historia, su principal fuente de inspiración, «es como el agua, está en todos lados. Imagina un diálogo con el océano donde están confundidos los ríos y la lluvia, es como asomarnos a todo lo que vivimos, como dialogar con aquello que nos permite vivir. Es una constante interrelación que no cesa.»

AA. VV. *El palacio de cristal. Conversaciones a partir de Jorge Aguilar Mora*
1a. ed. ecuatoriana, mayo 2022

Quito, Ecuador, Siamesa editora, 2022
288 p.; 12 x 13 cm. ISBN xxxxxxxxxxxx
2. Narrativa Contemporánea

Edición a cargo de María Cristina Monsalve

Fotografía: Santiago Monsalve

Diseño editorial: Ernesto Proaño

© 2022 María Cristina Monsalve

La secreta forma del tiempo. Algunos textos de Jorge Aguilar Mora © Josefa Salmón

El libro de los pasajes. Otra iluminación sobre el siglo XIX © Carina González

Demonio o ninfa © Cristina Burneo Salazar

La incomprensibilidad: Friedrich Schlegel,

Macedonio Fernández, Jorge Aguilar Mora © Dolores Lima

El coletazo furioso de El gran surubí de Pedro Mairal © Elena Campero

A partir de una clase de Jorge Aguilar Mora:

Relectura de «El matadero» de Esteban Echeverría © María del Carmen Marengo

El pensamiento francés y la obra crítica de Jorge Aguilar Mora © Adela Pineda Franco

De la memoria de la experiencia a la experiencia de la memoria © Abril Trigo

Nuevas piedras para La mano desasida de Martín Adán © María Cristina Monsalve

Jorge Aguilar Mora: el profesor, el tutor, el amigo © Antonio García Lozada

© de esta edición: Siamesa editora

Olmedo 0e2-73 y Guayaquil, Centro Histórico, Quito, Ecuador

www.siamesaeditora.com

Prohibida su copia y/o reproducción parcial o total.

EL PALACIO DE CRISTAL

Conversaciones a partir de Jorge Aguilar Mora

Edición de María Cristina Monsalve



RUT ROMÁN
Y ESTEBAN PONCE

Prólogo

Durante el verano del 2012 nuestras vidas dieron un vuelco importante. Decidimos salir de los EE. UU., dejar la estabilidad de la academia y buscar la manera de liberar tiempo para vivir; aunque eso significase menos dinero para gastar.

Siempre nos ha costado establecernos en un lugar como si fuera el último, pero en esa ocasión había algo más que la pura necesidad de cambiar de horizonte, tampoco era únicamente el deseo de volver al lugar del que nos sentíamos más propios. Había algo que nos inquietaba y no eran las deudas, ni la educación de los hijos, ni los compromisos adquiridos —esos pendientes ya estaban resueltos—. Nos inquietaba no ser coherentes con la educación que nos habíamos procurado.

Curiosamente, una de las lecturas que habíamos llevado para compartir, en esa primera estancia en lo que ahora es nuestro lugar en el mundo, era *Lecciones de los*

maestros de George Steiner. Hoy no logramos recuperar detalles importantes de esa lectura, en sí misma, salvo que, al referirnos a ese libro, continuamente terminábamos hablando de Jorge Aguilar Mora. Uno de los recuerdos más enigmáticos era el de los largos silencios cuando uno entraba a su oficina para discutir algún aspecto de la investigación doctoral; él revisaba sus apuntes al margen de las páginas..., pensaba..., se reconcentraba apretando la frente y la sien con el pulgar y el índice, y más o menos súbitamente decía: «pos tenemos que seguirlo pensando ¿no?»; o, «¡qué bonito que está esto!», y añadía: «quizás te conviene leer...» esto o lo otro, siempre aspirando que la ventana que se abriera en la escritura fuera la de un encuentro, no tanto con las palabras como con la vida; o mejor dicho, tejiendo esa unidad maravillosa que Jorge ha logrado entre las palabras de lo escrito y las palabras de la vida. Es muy difícil no convertir en una trivialidad el deseo de explicar la sutil manera con que Aguilar Mora te invitaba a pensar un asunto específico, evadiendo colocarte en el mismo lugar desde donde él lo estaba pensando; su empeño era el de procurar y observar cómo cada individuo se aproxima a la silueta de un pensamiento propio, independiente, no del suyo únicamente, sino del de todo pensador que antes te hubiera servido de apoyo; el punto era acercar las lecturas a las vibraciones más propias de cada uno. Evidentemente, jamás se mencionaban las vibraciones; Jorge fue siempre un maestro cauto que te aproximaba a tus propias ideas, o nociones, como si fueran objetos que se estaban dejando labrar por vez primera, jamás los mencionaba, o ponía sobre la mesa como algo ya dicho o pensado por este o

aquel autor, más bien iba demarcando la liberación de un territorio de pensamiento, de escritura y de vida. Su ruta era la de asimilar a todos los maestros para apropiarse de cada idea que fuera útil, para uno mismo terminar forjando un objeto de escritura y de pensamiento que ya no fuera una mera glosa ni un tablero de aplicaciones en que alguna teoría adquiriera utilidad en el pretexto de analizar un texto literario.

Recordábamos también cuando él decía cosas como: «Me ha resultado más gratificante las clases con los subgraduados que con los graduados, ellos admiten no saber, los graduados creen saber más de lo que saben»; o cuando alguien le había comentado haber leído la introducción de *Diferencia y repetición* y no haber entendido nada y él le contestó en medio de una clase: «Qué bien, ya estás en el camino».

De alguna manera, en ese verano de 2012 en que decidimos ir tomando distancia de la academia para acercarnos a la comunidad iletrada, prácticamente analfabeta, de Don Juan, en la costa rural ecuatoriana, logramos poner las bases de un puente entre la figura más alta del pensamiento que hemos conocido en persona y un apacible pueblo de pescadores artesanales, absolutamente ignorantes de casi todo lo referente a la cultura de occidente. No sabemos con exactitud lo que depara el puente, pero nos encantaría que algún día, algunas niñas y niños de Don Juan puedan conocer a su propio Aguilar Mora y si acaso ¿por qué no? alguno de ellos leer algo de lo que ese maestro y amigo en la fraternidad de las ideas, nos ha brindado a nosotros.

El homenaje que deseáramos hacer llegara a Jorge no pretende estar en estas palabras que son pobres y engañosas de lo que representa para nosotros lo que él nos ha dado. Nuestro homenaje se habrá cumplido el día en que hayamos logrado transmitir a alguna de las lectoras de nuestra biblioteca, un poco de la independencia y espíritu de libertad para pensar y vivir, que él ha compartido con nosotros.

MARÍA CRISTINA
MONSALVE

Nota a la edición

El presente volumen es una recopilación de ensayos para una larga conversación, impostergable y a la vez todavía inconclusa, que busca celebrar a nuestro maestro y amigo Jorge Aguilar Mora. El tema de esta conversación no es uno solo, varía con insistencia a través de las páginas, no así el impulso que guía cada pluma y que nos permite de veras prolongar en la escritura esa añorada compañía del maestro, quien fue también nuestro primer lector y riguroso crítico en los años de posgrado en la Universidad de Maryland. Los autores de estos ensayos todavía estamos hablando de Jorge, de sus ideas que suscitaron las nuestras, de su ingenio y de su obra. Y sobre todo seguimos dialogando con él en estas páginas.

Ahondan nuestros textos las palabras de Jorge, dichas o escritas; lo que nos sugirieron los libros de su biblioteca antes de que se convirtieran en volúmenes imprescindibles de la nuestra. Proviene nuestra palabras de una de

esas revelaciones extraordinarias de sus clases sobre sucesos que, aunque habían acontecido siglos atrás, Jorge sabía cómo hacerlos resurgir en el aula con el espíritu intacto como si acabaran de pasar. A veces la escritura de estos ensayos parte de recuerdos de los años en Maryland, de conversaciones inolvidables con Jorge, de nuestras lecturas de su obra y en gran medida de aquello que nos quedó por decir, por encontrar o comprender.

Invitamos a los lectores a adentrarse en estas conversaciones a partir de Jorge Aguilar Mora y dispensar que como en toda plática, algún detalle ha de quedar si no indescifrable quizá todavía cifrado en las referencias bibliográficas de nuestra no tan secreta sociedad de colaboradores. El tejido simbólico del título *El palacio de cristal* responde a una conversación por carta con Jorge Aguilar Mora y a su recolección de un relato posiblemente de Lord Dunsany en el que los miembros de un club de expertos en un juego hindú muy parecido al ajedrez pero cuya práctica podía durar varios días y estaba ligada a un ritual esotérico, se mantienen en contacto y diálogo teórico gracias a un secretario que les envía noticias desde Londres sin que se revele la identidad de ninguno de ellos. Cuando el secretario desaparece y la comunicación se interrumpe, los miembros del club publican extraños anuncios en los periódicos en busca de otros apasionados por este juego. Cuando consiguen por fin reunirse, por primera vez, es sólo para descubrir que ya todos se habían conocido en la India y que sus vidas habían estado entrelazadas de una u otra manera por mucho más que su amor por este juego que sin embargo todos habían mantenido

en secreto. En el cuento, la reunión de tan singular grupo de personajes tiene lugar en el recién reconstruido Palacio de cristal de Sydenham Hill, originalmente establecido en Hyde Park. Me pareció a mí que este relato maravilloso, a cuya recolección no le hago justicia, es uno de entre tantos que hemos escuchado de nuestro maestro a través de los años, y es el ejemplo preciso sobre el intercambio generoso y vívido de su experiencia lectora y lo que éste motivó en nuestra propia búsqueda del conocimiento. Así que bien puede ser también el título como el lugar en el que se da el encuentro de este esfuerzo colectivo en homenaje y reconocimiento a nuestro maestro.

A Jorge, infinitas gracias porque su palabra y su presencia se siguen traduciendo en el entusiasmo del pensar, del comprender y del escribir.

JOSEFA SALMÓN

*La secreta forma del tiempo.
Algunos textos de
Jorge Aguilar Mora¹*

Mucha de la obra de Jorge Aguilar Mora parece estar a destiempo, es decir sigue otros rumbos de la crítica contemporánea o empieza otros senderos ya desde sus primeros ensayos hasta los últimos libros sobre el siglo XIX, *Sueños de la razón* (2015) y *Fantasma de la luz y el caos 1801 y 1802* (2018). Es decir, estas obras son ensayos, novelas, historias, biografías, reflexiones filosóficas. Lo mismo se puede decir de *Una muerte sencilla justa eterna. Cultura y guerra durante la revolución mexicana* (1995) y de *Los secretos de la aurora* (2002). Escogí estos dos últimos textos, más el primero sobre el siglo XIX, porque me fascina ver la inagotable persistencia de las ideas para mover a la humanidad. Y la escritura de Jorge Aguilar Mora es fundamental para actualizarlas.

¹ Gracias a la cuidadosa lectura de este trabajo de Laura Martins.

Hay una declaración clave en el libro de la Revolución mexicana sobre su propósito y el papel de la literatura cuando se refiere a los presidentes mexicanos: «... la literatura en estas historias de vileza y de esfuerzo tiene, según yo, una tarea decisiva: convertir los hechos históricos en acontecimientos lingüísticos y en propiedad colectiva y anónima» (11).

Una muerte sencilla justa y eterna, empieza con una muerte, la del hermano de Aguilar Mora, muerto en manos de la guardia judicial guatemalteca. Este hecho es vital para la escritura, para la investigación en archivos y bibliotecas, pero también fue fundamental en el acercamiento a la revolución. Así, su vida y el estado en el que se encontraba como personaje de su propio texto es intrínseco para esta escritura. El narrar se vuelve un acto rebelde, pero al mismo tiempo es una recreación y repetición de las muertes de algunos revolucionarios, en especial aquella inolvidable de Pablo López, cuyo hermano, Martín López, andaba con el retrato del fusilamiento de Pablo diciendo que como «herencia» quería morir igual. Parecería que *Una muerte sencilla justa y eterna* fuera la escritura de un retrato que Jorge Aguilar Mora llevaba consigo mismo, al igual que Pablo López la de su hermano, un retrato cargado de emoción, que es la que guía esa perspectiva vital de la historia de la Revolución mexicana.

¿Cómo entrar en una lucha contra la dominación de imágenes históricas fomentada por un sistema político? ¿Por la crítica? ¿Por un modo de pensar? Creo que una respuesta estaría en los textos de Aguilar Mora, y una forma sería, como él mismo escribe, «convertir los hechos

históricos en acontecimientos lingüísticos». «Repetir» muchos de estos hechos, pero volviéndolos singulares. Aquí coincidiría en repetir la idea misma de repetición que comparte con Gilles Deleuze, y es que las ideas se pueden parecer, pero nunca son iguales cuando emergen de nuevo, ya que el hecho que las hace renacer lleva una carga que le da otro tono a esta idea, otro sentido. La germinación de estos momentos, realmente históricos, nuevos, será también la continuación de la escritura de Aguilar Mora en los libros del siglo diecinueve y en *Los secretos de la aurora*. Pareciera que el escritor quisiera lanzar una imagen escrita como una tentativa de apoderarse de ella en un acto de rebeldía y en un intento de «capturarla», palabra que él mismo utilizaría en *Sueños de la razón*.

EL PASADO, LOS HECHOS Y LAS IDEAS

En una conversación con el autor le mencioné que en su novela *Los secretos de la aurora*, vi algo del Borges de «El tema del traidor y del héroe» y él me contestó, «Sí, pero al revés». Esta respuesta por un lado me dejó con la curiosidad de ver ¿Cómo al revés? Y por otro, con la indecisión de si quería o no seguir ese camino. Decidí mantener la inquietud provocada por esta respuesta, pero seguir mi deseo inicial de ver cómo se relacionan los hechos y la interpretación de estos en las obras mencionadas, aunque fuera un trabajo demasiado ambicioso para reducirlo a estas páginas.

Sólo podría rastrear algunos de los hechos (lingüísticos e históricos) principales que narra: la Revolución mexicana,

la Rebelión de los Mil y la revolución del pensamiento en el siglo XIX. La perspectiva que asume cada uno de estos hechos tiene que ver con el tipo de narrador que cada obra escoge. Aunque estos hechos se parecen al retomar repetidamente una revolución o rebelión, persiste una búsqueda de sentido: de la Revolución mexicana por ese narrador autobiográfico; el entender el papel del padre, en la Rebelión de los Mil, por el hijo del «traidor»; y en la última, un narrador de la época misma en que toman lugar los hechos, para atestiguar su nacimiento. ¿En qué medida esto influye en la interpretación de los hechos? Como el mismo autor se preguntaría, ¿qué valor se le da a la historia?

La acción del pensar en *Los secretos de la aurora*, se vuelca al pasado, a través de sus varios personajes, los actores de la Rebelión de los Mil, los autores de lo que pasó que también incluye a algunos actores, y una necesidad social de saber quiénes fueron los culpables para que su ciudad fuera bombardeada desmesuradamente por un ejército que trataba de aplacar dicha rebelión. En esta novela, sabemos que uno de los personajes principales, Carlos Domínguez, es visto como traidor de la Rebelión de los Mil por la población citadina, por algunos lectores de la polémica periodística sobre la rebelión, veinte años más tarde, y sobre la culpabilidad de sus dirigentes más importantes, como el doctor Eusebio Hernández, el arquitecto Carlos Domínguez (padre del narrador), la doctora Matilde Villasana e Hipólito Gaxiola. Según Nellie, hija de Matilde y amante de Carlos Domínguez, el arquitecto era el «traidor», pero era el más admirado de los rebeldes (50).

Nellie, después de su breve relación con Domínguez, es la fuente de información para los artículos periodísticos de su amante posterior, el Hermano Méndez, quien condena a Carlos Domínguez como traidor.

Una de las otras versiones sobre la interpretación de los hechos de la Rebelión de los Mil, que contrariaba los artículos del Hermano Méndez era la de Quito Murguía (enemigo del Hermano Méndez), apoyado por el abogado Rodolfo Lenz y su esposa, Ana Lenz. Para este escritor, la traición:

... era un acto inaprensible ... su sentido pasaba de la culpabilidad a la inocencia, del secreto a la evidencia, del engaño a la revelación, de la meditación a la improvisación, y luego en sentido contrario, con una rapidez que no le daba tiempo a ninguna voluntad humana de intervenir y mucho menos de detener aquel vertiginoso desplazamiento. La inasibilidad despojaba al acto de cualquier responsabilidad personal y lo convertía en un acontecimiento puro, como si en realidad hubiera sido determinado por un encuentro abigarrado de circunstancias que parecían, a su vez, menos condiciones de varias vidas que atributos impositivos de una realidad indiferente al juicio de los hombres ... (55)

¿Qué es un «acontecimiento puro»? Creo que la respuesta nos la da, de otra forma, en *Sueños de la razón* que nos serviría de puente para retomar *Los secretos de la aurora*. Tiene que ver con la idea de causa y efecto que será la preocupación de muchos de los pensadores de

Jena. Un acontecimiento puro no entraría en la noción de causa y efecto. Veinte años después, los personajes de *Los secretos de la aurora* andan buscando a quién culpar por la traición que ocasionó el bombardeo.

Las perspectivas de estos dos periodistas, de las muchas que hay en esta novela, surgen en parte de sus necesidades personales, pero también parecen ser como una trampa que los actores de la Rebelión de los Mil han puesto, especialmente en las versiones del Hermano Méndez. La hija de Matilde sirve de puente para facilitar el paso de la información a este periodista. Es aquí, en este punto, donde pareciera que hay ya una disposición a una cierta interpretación que ha sido prevista por algunos de los actores de los hechos donde parece que Aguilar Mora estuviera dialogando con Jorge Luis Borges de «El tema del traidor y el héroe».

En *Los secretos de la aurora*, el narrador está emparentado con el hombre acusado de ser «traidor» y vemos con serenidad cómo la narración se va conectando con los deseos de los personajes en el manejo, consciente o no, de lo hechos de la rebelión. Pareciera que el narrador se preguntara, ¿en qué radica la fidelidad de un acto en relación a un valor? El problema con la rebelión fue que había una discrepancia de pensamiento entre los líderes y los sectores que conformaban este grupo. En la novela, esta división entre los creyentes no dejaba formar un pensamiento común para dicha rebelión.

El reconocimiento de pertenencia a esa armonía predeterminada era la condición para un pensamiento

común, sin el cual no se podía concebir ninguna empresa colectiva. Por eso, Gaxiola insistía en proclamar principios básicos en los cuales tenían que confluír las convicciones de todos, y no sólo de los rebeldes, sino incluso de sus enemigos. Matilde y papá eran los más críticos de esa posición, porque coincidían en el espacio común que todos debían compartir, pero no por una armonía predeterminada, ni por la autoevidencia de los principios proclamados por Gaxiola, sino por el ejercicio individual, por el esfuerzo único de cada voluntad para crear sus propios valores, para oponer su visión única del mundo. Ellos dos no defendían una doctrina, no esperaban una fe, negaban el principio de defensa y el de esperanza. (171)

¿Cómo crear un pensamiento común que no sea dogmático para llevar a cabo una rebelión? Las respuestas de Matilde y Carlos son claves para establecer esa diferencia, en este caso, en la formación de un documento que serviría como carta, o constitución. Pareciera que Aguilar Mora estuviera aludiendo a la formación de un contrato social, un tema pendiente en esta novela para otro ensayo. En la actitud de Matilde y Carlos se puede ver donde radicaría la «traición» de la que tanto se habla en la novela en cuanto a quién delató a los rebeldes. Pero cuanto más avanza la novela, el lector se da cuenta de que la verdadera traición sería aceptar los principios proclamados arriba por Gaxiola y entonces implicaría una traición más profunda: perder la libertad del ejercicio de la voluntad individual.